

Panorama Interinsular

LANZAROTE

La gran desconocida

XXX

LAS TIAS DE FAJARDO.—(De nuestro corresponsal Agustín de la Hoz).—Ni que decirlo habrá, querido Director, que Las Tias de Fajardo se formaron de la unión de dos burgos caciquiles: el Morro de La Molina, con sus casasonas arropadas de tueras, sus viejos y ruinosos cortijos, y sus pedregales llenos de sabandijas y cuervos; en sentido opuesto, hacia el norte, Las Tias de Fajardo, que se esparcen como siembra de maíz a la volada, sin más orden ni concierto que el de la propia conveniencia. Urbanizar este pueblo resultaría hoy un milagro tan espectacular como aquel que hizo Moisés en el Mar Rojo.

Don Manuel Sánchez Trejo, párroco de Las Tias de Fajardo, que pudo morir rico, se fue de este mundo sin una perra. Tenía don Manuel dos grandes aficiones, la suya un malabarismo con las letras, cuya caligrafía aún hoy se exhibe como magistral modelo en la materia; la otra su cría de ganado, a cuyas cabezas bautizaba con nombres de santos, y las que sobrealimentaba con aceite de lata y gofio.

El corazón de Las Tias de Fajardo es la ermita de San Antonio, porque la iglesia patronal cae a trasmano, cuesta arriba, y hace sufrir al peregrino que se proponga venerar a la imagen de La Candelaria. No le exagero un ápice, querido Director, si le afirmo que el de Padua es muy popular en Las Tias de Fajardo, hasta el punto y seña de que su festividad tiene un rango profano de mucho vicio y mismo. Sin ir más lejos este mismo año no solamente quedó colgada la solemne ceremonia religiosa, sino que además fue su bailloteo motivo suficiente para aplazar las prédicas de la Santa Misión, recién acabadas en esta estupenda Barataria, donde no faltan Sanchos testarudos ni Quijotes caricaturescos. ¡Que diñta, respetado Director, aquel Rey David! Porque el santo Rey, sin pretensiones panteístas, ballaba delante del Arca de La Alianza suplicando otros perdones, que no el perdón de su baile sensiblero,

o modo elemental con que expresaba el contento de su arrepentimiento. ¡No faltaba más que la mezcla panteísta, querido Director, en una época caracterizada por la suma de la civilización y la catolicidad! Por ende se hace preciso un deslinde, según palabras de mi desconocido Raimundo Cancio. Si, un deslinde de los campos que discuten para evitar confusiones extemporáneas, porque en Las Tias de Fajardo hay fe, y de la buena, una FE con mayúsculas, que bien clara queda al trasluz de esas pingües aportaciones que están haciendo, a base de supremos sacrificios, todos los hijos de Las Tias de Fajardo para lucir un nuevo y más cómodo templo donde adorar a Dios. (Ahí está la iglesia de Haría destechada, derrumbada, y habilitada nada más que por candorosas palomas).

Para barzonear por Las Tias de Fajardo —esto es un pueblo con mucha intrahistoria, que decía don Miguel— tiene uno que realizar la subida más fastidiosa de toda la vida, siempre pendiente hasta llegar a la solitaria iglesia de María Candelaria, que tiene su historia y su peregrinaje. Cuéntase que un cura del lugar escuchó de labios de la Virgen el deseo de que el templo se levantara en su honor a unos centenares de metros más abajo de donde está hoy, aunque lo cierto sea que un monterilla, cuco y ladino, estaba empeñado en una guerra fría para edificar la iglesia cerca de su casona, tan atrinchera-da de picras y tueras que parecía un castillo moruno. ¡Y cosa grandiosa, si de día se alzaba una pared del nuevo templo, por la noche se arbo satánico! Mucho miedo hubo por esa época en Las Tias de Fajardo, pues el que más o el que menos aguardaban temblando la horrible aparición del Ángel Negro. En realidad los que estaban en el asunto no eran otros que el cura y el síndico, que luchaban a brazo partido por ver quién se llevaba el gato al agua. A la larga, ganó el alcalde y la iglesia se terminó donde él quería, sin contarnos ni más milagre-

rias. El que quiera puede ver todavía el templo que no se acabó, con su arco de medio punto cuyo vértice clave le falta por acción del tiempo, resultando así partida en dos la artística fábrica labrada por canteros de la Gran Canaria, que en número de seis se desplazaron a Las Tias de Fajardo contratados por el mismo monterilla que les impidió llevar a cabo las obras iniciadas.

En este pueblo la actualidad se llama tomates y cebollas, pues por aquí se cosecha tanto como en Mácher, o sea que Las Tias de Fajardo y Mácher aliadas exportan unas veinte veces más que el resto de la isla.

El hombre de Las Tias de Fajardo es emprendedor y se apellida Fajardo las más de las veces; casi todos los Fajardos de Lanzarote proceden de Las Tias de Fajardo. El hombre de Las Tias de Fajardo sabe progresar y de ahí que los Fajardos hayan sido algo en Lanzarote. Este hombre, en general es habilidoso y se adapta con gran facilidad a la vida comercial, embarcándose a Barcelona para discutir el puñolo de tomates que le da la tierra. Hay veces que los intermediarios pierden el tiempo con los hombres de este pueblo, que, acaso sean los que más hablan por teléfono durante una zafra. No hay duda de que la riqueza estará siempre donde esté el tesón y laboriosidad del hombre, porque a la vista salta en Las Tias de Fajardo cuyos habitantes hacen su "América" trabajando unas tierras resacas que se retuercen juntas al mar, perdiendo lluvias benignas por no tener una sola acequia, ni una represa, con que multiplicar la bondad de estos terrenos llanos y fécondos.

La mujer de Las Tias de Fajardo no es novelera, pero por un baile de San Antonio se pirra. Estas graciosas mujeres depositan en San Antonio todas sus esperanzas matrimoniales, y le compran velas que encienden ellas mismas a los pies del santo predicador, no sin rezos petitorios de bodas y noviazgos. También es verdad que estas pías suelen dudar de las taumaturgias del de Padua, pues sin más ni más sumergen en los bernegales medallas acuñadas con la figura del santo y no las extraen del agua hasta que no les haga el milagro de un mozo apropiado para la primera verbená que Dios mande; otras más irres-

petuosas colocan boca abajo a San Antonio, fundándolo de cabeza en cualesquiera conso-la hasta el día y hora en que tal cual hombre bueno les diga que "todo está hecho". Empero, en el aspecto laboral, las chicas de Las Tias de Fajardo son tesoneras y vehementes, con grandes experiencias sobre el empaquetado del tomate, para lo que son verdaderas artifices. Ellas mismas me aseguran que en Lanzarote no hay tierra para cultivar tomates como las suyas, porque están cerca del mar, inmediatas a la población, con excelentes condiciones atmosféricas, y en especial porque el tomate exige una gran sequedad en el ambiente y aguas levemente salitrosas, cosa que se logra con las trahumantes lluvias caídas sobre los terrenos humedecidos por las salinidades del océano. El resultado es óptimo, y las mujeres se entusiasman trabajando esa carne apretada e intensamente roja, como si manejaran la más rara retorta para transformar en oro los esfuerzos de sus hombres sobre estos erieles inmensos. En Las Tias de Fajardo, para el hombre y la mujer, no hay más piedra filosofal que el tomate y la cebolla.

Le aseguraba antes, querido Director, que Las Tias de Fajardo tienen bastante intrahistoria, a lo Unamuno, y verá por qué: por aquí mataron, con alevosía y nocturnidad, a don Leandro Fajardo, aquel político propietario del "Horizonte", que por elemental prudencia redactaba él solito la media docena de páginas de su incipiente periodismo insulano. Don Leandro Fajardo escribió además unos artículos muy sonados en "La Democracia", que pilotaba don Emilio Castelar, artículos ásperos y sangrantes, al estilo de nuestra "Perileja" cuando con versos se cargaba al más pitaripado hijo de Dios. Pues bien, a don Leandro Fajardo le dieron un tiro en la cabeza y en su propia cama. Claro, que el criminal fue condenado a muerte, y que el verdugo llegó a nuestro Arrecife para darle su garrote; mas alguien se las compuso para entretener la ejecución hasta tanto llegara de Madrid el indulto de la última pena. Doña María Cristina, la inteligente madre del Rey niño, así le decretó y el verdugo se fue por donde vino, no sin que se

Panorama Interinsular

(Viene de la página cuatro)

le obligase a desmontar el cadalso de cajones y vigas que tan pomposamente había levantado en el barrio de La Destila. El asesino de don Leandro pasó a mayor prisión, pero al poco tiempo cuando aseaba pozos negros se ahogó en uno de gran profundidad, apenas un mes después de haber embarazado a su mujer que había ido para verlo y consolarlo. ¡Ay, respetado Director, que vehemente deberá ser la última coyunda de un condenado a muerte!

Otro crimen de campana y voladores fué el cometido en la persona del Secretario Durán Cubelo, el año 21. Todo fué porque el criminal quería ser lo que el otro en el Ayuntamiento de Las Tías de Fajardo. Sin ningún motivo, a no ser el suyo propio, acechó al señor Durán y le tiró un boliche a bocajarro, aplastándole la cabeza. La Justicia preguntó al asesino la causa de su repugnante acción y él contestó: "Por cabezudo le pasó eso". El desgraciado criminal manifestó luego que hacía meses que le advertía a Durán lo que iba a pasar si no le abandonaba la Secretaría. "Por eso lo maté".

Otro suceso de aupa fué el revuelo que se armó en esta isla cuando de la espadaña de San Antonio desapareció su

antigua campana, una campana labrada que trataron en un taller de Arrecife para hacerla fundir y venderla luego en lingotes del mejor bronce. ¡Gracias a la intervención de usted, querido Director, esa campana se salvó para continuar llamando a los fieles de la Iglesia y enriquecer al patrimonio insular con el valor de la histórica reliquia!

Más la intrahistoria que hay en Las Tías de Fajardo es ardua y, a veces, imposible de soñar. El asunto del cementerio nuevo acaso sea de lo más profundamente inverosímil, pues se trata del más apasionante suceso acaecido en esta isla. ¡No se quiso dar la bendición al camposanto hasta que el alcalde firmara que en Las Tías de Fajardo no habría bailes por lo menos en cinco años consecutivos, según leemos textualmente en el ultimatum! ¡Y eso que en el viejo cementerio no cabía un cadáver más! No crea, señor Director, que lo que cuento sea sueño mío, porque tengo entre mis mancs y mi asombro ese ultimatum manuscrito con letra redonda. ¡Claro, que al fin se impuso la razón y se bendijo la "chacarita", pese a que los bailes han seguido con igual calor y colorido tradicionales en Las Tías de Fajardo.

Y me encamino, querido Director, al país de La Geria con igual ilusión que el pueblo judío cuando iba hacia mejores tierras.